

Hugo Mieres

LOLAS

PERSONAJE ÚNICO

Hombre joven

Epoca actual

El escenario estará despojado de escenografía. Bastará con que se le cubra con una cámara gris o negra.

Como elementos de utilería, una silla común y una mesa. Si el actor necesita de otros objetos, los creará con la gestualidad.

HOMBRE JOVEN.- ¿Qué? ¿Voy y se lo digo así como así? ¡No, querido, no, pensá un poco las cosas! ¡De ese modo, ¡fracaso en el primer intento! ¡Pensar con frialdad! ¡Eso! ¡Eso es lo que necesito! Seamos objetivos. A ver. ¿Las condiciones están dadas? Creo que sí...creo...bueno, más o menos... más o menos...¡bah, bah, bah! Lo único que tengo en la manga es una creencia, una simple presunción. ¿Y por qué se me ha metido en la cabeza esa creencia? ¿Sólo porque me gusta tengo que pensar que le gusto? ¿Porque ha estudiado conmigo algunas veces? ¿Porque en ocasiones ¡en contadas ocasiones!, se ha sentado a mi mesa de la cafetería? Pobres certezas, las que tengo, muy pobres...miserables certezas...no, tiene que haber algo de lo que me pueda agarrar, que me sirva de punto de partida...tengo que pensar...(Pausa). ¡Carajo! Lo único que se me ocurre, es que me he hecho la película, y lo que voy a obtener será apenas una expresión de asombro, quizá ni siquiera palabras, o tan solo luces furiosas de esos ojos ¡ay!, transparentes como el aire. ¿Entonces? ¿No hay nada? ¡Objetividad, querido, objetividad! ¡Cálculo! Vamos a ver. Repasemos. ¿Cuántas veces se sentó conmigo? Tres. De eso estoy seguro. Fueron tres. ¿Y por qué se sentó? ¿A ver? ¿Por tu linda cara? ¡No! ¿Por ese fluido de macho en celo que desparramás y las atrae como las moscas a la miel? ¡Váaamos! ¡Tampoco! ¡Mejor no hablemos de la decadencia de los últimos tiempos! (Pausa). ¡Y bueno, si tengo que decir la verdad, siempre para preguntar algo, siempre por el rastrero interés material, porque sabe que no faltó nunca y ella sí, que tomo todas las notas, y ella no! ¿Algo más? ¿Acaso alguna mínima mirada tierna? ¿Alguna insinuación? ¿La manifestación de algún otro tipo de interés? No. ¿Simpática? Sí. Seductora, sí, por supuesto. Explicable, claro. ¿Cómo no va a poner esa cara, si

quiere tus apuntes? Simpatía interesada, entonces. Interés calculado, medido. *(Pausa)*. Mire que hay palabras inservibles, no? Simpática. ¿Qué te dice? Distancia, muro, puerta entreabierta ¡que hay que atreverse a empujar! Empujarla, despacio, con cuidado, forzándola algo hacia arriba, cosa de que no rechine, como en las películas, porque si procedés de otra manera, si agachás la cabeza y después de rascar el suelo con las pezuñas atropellás y la abrís de golpe, podés quedar paralizado, convertido en piedra, porque habrás entrado en la habitación de Barba Azul, y lo único que vas a encontrar es la hilera de hombres colgados de ganchos, sus presas, después del festín, los despojos, el botín de su vientre insaciable.

Porque ésta debe ser de las que te sorben los jugos hasta que te vacían, para después tirarte como una cáscara, contra el ropero, donde de lo que fuiste, queda apenas una mancha repugnante, sin forma... Te das de frente con hombres colgados, bamboleándose, con los ojos duros, mirando al piso, como si estuvieran ocupados midiendo la distancia que los separa del infierno, sin siquiera haberse enterado que acaban de venir de él... *(Pausa)*. Aunque... es difícil, tengo que reconocerlo, imaginarse a una mujer con una barba azul.

¿No te queda nada, entonces? Casi nada. Un resquicio, una pequeñísima rendija por donde atisbar lo que acaso pueda ocurrir, que no parece ser feliz. *(Pausa. Piensa)*.

Claro, la tercera vez que se sentó conmigo, me preguntó cosas, cosas de mi vida. Se ve de lejos que le resulta incómodo irse enseguida, claro, de boba no tiene un pelo, sería demasiado descortés, y entonces se apiada, y me dispensa unos minutos de su presencia y su conversación. Como la moneda que se tira a un desgraciado, sin siquiera mirarle la cara...

Me preguntó cómo se llamaba la perra, dónde trabajaban los viejos... también es cierto que hacía rato que estábamos callados, la conversación la inició ella, pienso que de puro embole, de algo había que hablar, y hablamos; el tema la aburría, eso se le veía en la cara; de estudios no habla, muy estudiosa no es que digamos, en facultad hay que meterle, si tocamos eso, se distrae enseguida y empieza con divagues... *(Pausa. Piensa)*.

¡Ah, ya está! ¡Cómo pude olvidarme! ¡Quiso conocer mi pieza ¡Ahí está! Quiso conocer mi pieza. ¡Por algo fue! Es cierto que cuando me pidió los apuntes y le dije que había olvidado la libreta, fue que apareció lo de acompañarme. “-Voy contigo, y me la das.”

La llevé. Todo misterioso, como si hubiera hecho una excepción, como si únicamente a ella le hubiera dado la clave de entrada en una sociedad secreta. Dimos los cuatro pasos que separan el comedor de mi dormitorio, logré entrar primero, y tuve tiempo de esconder las cáscaras de banana. Lo que no pude esconder, fueron los calzoncillos, que estaban allí, como en exposición, en su bolsa transparente. La culpa es de la vieja “- Desde hoy, -y eso fue la semana pasada-, te lavás la ropa. Tengo demasiado que hacer y ya sos grande. Solo tenés que abrir la boca del lavarropas, de jabón esta medida, de suavizante esta otra, cerrás la boca del compartimiento del jabón y el suavizante, cerrás la boca del lavarropas, hacés girar esta perilla, tanto de temperatura, tanto de tiempo, apretás este botón, lo dejás andar, se apaga solo, sacás todo casi seco, y lo tendés. Una vez por semana. Es lo único que te pido.”

Mi madre es una boca. Boca del lavarropas, boca del tacho de basura, boca de la cafetera, hasta el apartamento tiene boca. No puerta de entrada, sino boca. Es cierto que es una mierda, con las paredes descascaradas y rajaduras por todos lados; en fin, bastante hicieron, una hazaña, al terminar de pagarlo, con dos dormitorios como tiene. Es jodido, claro, pero no es una cueva, ergo, no tiene boca, tiene puerta. Puerta-de-entrada. El viejo se lo dijo, se lo hizo notar. Una sola vez, y calló para siempre. No arriesgó una segunda andanada. Le bastó con la media hora de granadas de mano, obuses, descarga de fusilería, que la vieja disparó en defensa de la palabra boca.

“-Aquí es”, le dije. Entró. La vieja grita, da órdenes, pero es puro ruido, la tormenta pasa, se compadece, para ella sigo siendo el nene, no dice nada, y se lleva la bolsa con los calzoncillos, que al otro día aparecen limpios y apilados en la silla, cada uno hecho un rollito perfecto dentro de una bolsa de plástico. Pero ese día, no. Justo ese día, no. En la semana había estado demasiado ocupada con horas extras, y, claro, olvidó mis calzoncillos; la verdad es que soy un pelotudo, con todo lo que trabaja y no me da por facilitarle las cosas. Bueno, cada uno en lo suyo. Estudio. Me rompo el alma estudiando, no tengo tiempo, y los calzoncillos se apilan. Cuando se terminan, meto la mano en la bolsa, y saco el de más abajo. Ese, está más limpio que los otros. ¿Es así, eh? No sé por qué, pero es así.

“-Aquí es, pasá”, esas fueron mis palabras. Le di una patada a las cáscaras, que desaparecieron debajo de la cama, pero la bolsa era demasiado grande, y aunque me

puse delante, la vio, la vio, estaba ahí, en el centro del dormitorio, impúdica, desprolija, como un florero dadaísta, y mientras la distraía con el poster de Einstein, ese que está con la lengua de afuera, le daba pataditas a la bolsa, y estoy seguro de que ella miraba con un ojo a Einstein y con el otro a la bolsa, porque sonrió, y no por Einstein, precisamente. Yo, a las pataditas. Una patadita, dos centímetros, otra patadita, otros dos centímetros. ¿Querés que el otro se fije en algo? Pues tocá el algo. Es la mejor forma de señalarlo, de concentrar la atención en él. No lo supe hasta ese momento, pero fue lo que hice. Fue precisamente lo que hice. Dejó de mirar a Einstein, ladeó los ojos, los clavó en los calzoncillos, y sonrió. ¿Qué quiso decir esa sonrisa? “-¡Pero mirá este sucio!” ¿Eso quiso decir? ¡Ah, no! ¡Esa no se la llevo! ¿Me va a venir a mí con que tiene el dormitorio impecable, con todo dobladito como estantería de butic? ¡Hacé el favor! Decíme el aspecto de alguien, y te diré dónde duerme. Siempre con vaqueros, apretados al mango. Dicen que se acuestan para ponérselos. Nosotros pataleamos, ellas se acuestan. Y, bueno, bailes, o rituales de cada cual. ¿Será la compulsión de la acostada? ¿El síndrome de la tendencia a la horizontalidad? *(Pausa)*. Elastizados. Vaqueros elastizados. Si no se acuesta, no le entran. ¡Ay! ¡Se me está parando! ¿A quién no? ¡Qué cuerpo! Pero las blusas, con ese largo justo, que cubren y descubren, que te muestran en un relámpago un vientre de bailarina oriental y enseguida lo esconden como el pase de un mago perverso, (y cuando eso ocurre, no sabés si viste la barriga o fue una alucinación), las blusas, digo, están siempre arrugadas, por lo que debe tirarlas por cualquier lado. *(Pausa)*. Nunca había visto un ombligo tan perfecto. De eso estoy seguro. Muchos ombligos, he visto, pero tan perfecto, ¡jamás!

Ahora que lo pienso bien, que se haya fijado en mis calzoncillos, tiene sus desventajas, pero, también aspectos positivos. Las desventajas son fuertes, estoy de acuerdo.

Primera, que se forme la idea de que soy un sucio, un desordenado. ¿Ventajas? A: La seguridad de que no soy un psicótico para quien el cenicero debe estar siempre limpio y exactamente a cuatro centímetros del filo de la mesa, y a diez de la cajita con inciensos. B: está en posesión de un secreto de mi intimidad, por lo que: 1, si pudo contemplar la bolsa con una sonrisa, eso empieza a prepararla para verme desnudo, o por lo menos en calzoncillos, con otra sonrisa.

Dijo: “-Es lindo”. Sólo eso. No agregó: “-Me lo imaginaba así”, o: “-Está de acuerdo

con tu personalidad, yo también soy desordenada y mugrienta.” No. Lo que dijo fue: “- Es lindo.” Nada más.

Pienso que cuando esté acostumbrada a verme desnudo, y llore de rabia con solo imaginar que alguna otra mujer pueda verme así, sabré que nuestro destino estaba escrito, que sólo había que darle un empujón, una ayudita, para que echara a andar, y entonces podremos irnos a vivir juntos, ya que de tanto presentirnos, descubrirnos, palparnos, masticarnos, calcinarnos, nos habremos conocido tanto, que bastará una mirada para saber qué cosa está pensando el otro. Igual que en las telenovelas, que se parecen mucho más a la vida de lo que unos cuantos piensan.

¡Ayy! ¡Basta! ¿Sabés lo que te pasa a vos? Pensás demasiado. Es cierto. Mis pensamientos van y vienen, me llenan, traquetean en las paredes del cerebro, repican como pelotas de ping pong, no se quedan quietos. Es ahí cuando te vas, empezás a volar, y la realidad queda allá, atrás, empobrecida, y como no podés borrarla, la adornás, le ponés flores, máscaras, guirnaldas, papelitos de colores, y terminás haciéndole un velorio de lujo, porque sigue ahí, emperradamente ahí, y cuando las pelotas de ping pong se quedan quietas, dejan de sonar y de moverse, volvés, descendés al punto cero, y ves que te has quedado solo, con pensamientos, intuiciones, que no son otra cosa que compendios de inseguridades. ¡Aire, humo, que lo enrarece todo! (*Pausa larga*). ¿Ves? Una certeza es que te gusta, que te gustaría meterte dentro de ella, besarla, lamerla; lamerle su perfume de rosas hasta llegar al otro, el más profundo, el salvaje, el de su piel; la otra, que no sabés cómo hacer, cómo dejar de ver cuando te dice “-Hasta el lunes”, que la distancia entre los dos se expande, que te quedás ahí, parado, sin poder hacer nada, y al final, lo único que ves, es un espacio desolado, sin huellas, una calle ilimitada y vacía, nada más. Es que esta mujer me paraliza, no sé cómo hacer, qué pasos dar, cuál puede ser el primer movimiento y si tengo que darlo hacia delante, o hacia atrás, o hacia el costado. Hervís, todo tu cuerpo se hace caldo que hierve a borbotones, sentís como una llaga la urgencia de tu vientre, y tenés que ir con la Lola, pobre Lola, siempre dispuesta, la buscás a ella, le das besos apasionados, le mordés el hombro, aspirás su perfume violento y vulgar que te aterriza en la cama piojosa, porque aunque te duele la cabeza de tanto esfuerzo de imaginación, no es el perfume de rosas que buscás, sino el de alguna fruta que siempre está, irremediabilmente, demasiado madura.

La Lola nunca me pide nada, nunca me pregunta nada, sólo abre las piernas para que yo entre con los ojos cerrados, y la glorifique convirtiéndola en otra. Y tal vez cree que mis quejidos son por ella, que gimo por ella, por la Lola, que yace ahí, con las piernas abiertas, tirada en la cama, tan horizontal siempre, que no podría imaginarla vestida y de pie. Y no puedo, no me atrevo, sería demasiado vergonzoso, demasiado cruel, decirle que ella es solo una especie de caja de la que levanto la tapa y me introduzco, y me escondo, y me agazapo del miedo seguro de que después de media hora, la Lola siga siendo la Lola, con el mismo lunar en su nalga derecha, hasta con ese mismo nombre con que la busco y la nombro, “Lolalolalola”; ni más ni menos que la Lola, indiscutiblemente ella y sus piernas abiertas y el lunar y el perfume violento...*(Pausa)*. O a lo mejor, no. ¿Por qué seré tan machista? Y bueno, uno no vive en una isla, no? Ellas nos hacen así. Está probado. Algunas. Otras buscan liberarse. Juegan al fútbol, ¡Ja! ¡Y hay que ver cómo juegan! Compiten con nosotros y nos ganan, paren hijos y se aguantan, consiguen mejores empleos a puro mérito, sin siquiera mostrar las piernas, y si te descuidás, son las que llevan más plata a la casa. “-Vos cambiá al nene, hacé la comida y lavá los platos, que hoy salgo con mis amigas.” Un beso, y chau. Y andá a quejarte a la liga.

Así que, a lo mejor, es la Lola la que se goza con tu cuerpo, quién te dice, la que espera horizontal y paciente, mirando al cielo como si recién hubiera caído de él, pero con la trampa armada, esperando al conejo que confiado entra, y entonces cierra la trampa, te envuelve de humedad, te degusta, y te traga. Porque uno puede penetrar, hendir, rasgar. Solo ellas son capaces de envolver y devorar. La trampa te ha cazado y es diabólicamente perfecta. Lo primero que ves, es una puerta que te invita a entrar, pues parece abierta. Otra vez la puerta, qué obsesión, no? Es que las puertas, las que están entreabiertas, llaman, atraen, incitan, o mejor, lo que te atrae es el cebo ya preparado más allá del umbral, en el fondo del espacio que la puerta, con una carcajada esquinada te ofrece comer. Entrás confiado, con fuerza; podés hacerlo despacio, sin violencia, nada te lo impide, pero no, lo hacés con fuerza. Y cuando estás adentro, oís que la puerta se ha cerrado, y que ahora estás solo, que te quedaste solo y en la oscuridad. No importa. Seguí moviéndote, o es la Lola la que te mueve, la que te cabalga, porque ahora es el masacote celestial, y ya no sabés dónde están tus pies, ni dónde su cabeza, ni

los pies de quién ni la cabeza de quién y lo único existente son dos cuerpos, hipogrifos violentos, alas, delfines en mitad del salto...

Cuando podés, cuando te da un descanso, creés alzar apenas la mirada por el costado de su cara que es suave, y tus ojos se detienen arriba, y arriba hay una lamparita cagada por las moscas, y al costado, en la pared, muescas, rayaduras; la pared parece de metal, pero las muescas son suficientes para que tus uñas puedan agarrarse y subir, y lo intentás, y llegás a otra plataforma muy cercana a la luz que estás buscando, y ahí creés que por fin te liberaste, pero en realidad, lo que has hecho, es pasar sin darte cuenta a otro plano, a otra plataforma de la trampa, cuyo mecanismo no se ha detenido, porque sencillamente no ha terminado su trabajo. No podés ya retroceder, la plataforma es móvil y te empuja, y pensás que es tu peso el que ha accionado la puerta que se ha cerrado a tus espaldas, de modo que lo único que te queda es avanzar. Y ves que lo que tenés enfrente es el borde del piso que se corta abruptamente, la plataforma se inclina, y antes de caer, lo último que tu olfato percibe es el olor del agua, y entonces querés retroceder, pero ya es tarde. Tus garras quieren aferrarse a la tierra, pero no hay tierra, resbalás en el piso pulido que parece un espejo, te deslizás hasta el borde, y quedás colgando como un equilibrista, aferrado a ese filo con tus garras delanteras, hasta que caés, te zambullís, y empezás a nadar, nadás desesperadamente, hasta el límite de tus fuerzas, y cuando ya no podés más, morís, ahogado, asfixiado, dentro de un cubo con agua hasta los bordes. Pero no, las pelotitas de ping pong se han detenido, y te salvan. Creíste que ibas a morir, pero un segundo antes de entregarte, sentís en tu boca una fibra gelatinosa, lográs abrir los ojos, tragás todo el aire que podés, y reconocés la pieza mugrienta, y tu propia baba que ha empapado el pelo de la Lola, los mechones que le cubren la oreja, te gusta mordisqueársela hasta que queda roja y brillante de saliva, como un caracol. Y te quedás así, boca arriba, muerto de cansancio, completamente liso, lo más parecido a un pedazo de madera cepillada, silencioso, sintiendo cómo tu sudor se enfría, cómo la zona empapada de tus genitales se congela.

Pero esta noche, no. Esta noche no llamaré a la Lola, porque esta noche puede que tomemos un café, que se siente a mi mesa, y que entonces me atreva, me salgan las palabras, y sea capaz de decírselo todo. Es temprano, me queda todavía una hora. Tengo que bañarme, afeitarme, y vestirme decentemente. La Biblia no dice nada, pero es

seguro que Jesús se puso un manto nuevo cuando estuvo decidido a entrar en Jerusalén. O, puedo, también, por pura cábala, ir con cualquier cosa y sin afeitarse, con olor a sudor, aunque si se me da, la barba raya, puede llegar a hacer una herida en el hombro. ¡Si apenas me he movido y ya estoy sudando y tengo mal olor! Deben ser los nervios... ¿Te acordás cuando salías desprevenido, sin intención de nada, vestido de cualquier manera, con una barba de dos días, y se te daba? Tu autoestima subía varios puntos, porque no podías creer que hubiera podido dársete, así, casi sin hacer nada, hablando poco, y justamente con esa mujer, que creías no apta para estudiantes, que parecía estar avisándote: “Prohibida para pendejos, disponible solo para ejecutivos”. Pero ahí estabas, encima de ella, y le dabas con todo, con la barba cometías un asesinato, el mentón era una lija que raspaba y rasgaba, y cuando levantabas el teléfono para pedir la cuenta, le mirabas el cuerpo, el mejor cuerpo que habías mirado en años, y recién advertías la mancha roja, el estigma casi sangrante que tu mentón había dejado en su hombro derecho, tan linda, tan perfecta, tan hembra, que hasta el tachero que la había dejado una cuadra antes de su casa, te había felicitado con una cara de asombro envidioso: ”-Lo felicito, amigo, qué mujer” Y ella, ojerosa, agradecida, te mostró dónde vivía, anotó su dirección y su teléfono, y te dijo a qué horas no estaba el marido para poder hablar con tranquilidad. Cuando oigo la palabra marido, se me hace un nudo en la garganta, no quiero saber nada de maridos, porque si te metés en un chiquero, los cerdos serán tus enemigos, eso es seguro; los maridos siempre son un problema, mirá si te pegan un tiro en la cabeza, crimen pasional, que le dicen, y ahí estás vos, tirado en la cama del telo, con un agujero en la frente, cuyos bordes empiezan a abultarse y a ponerse de color violáceo. Y algo de vos se levanta y te mira, acostado, horizontal, lo mismo que la Lola, solo que la Lola no tiene un agujero en la cabeza, mira todo tu cuerpo, lo recorre, empezando por la cabeza, para terminar en la punta de los pies, y ve que ese cuerpo es dueño de una absoluta y hasta envidiable pasividad, porque el agujero redondo y perfecto ha abierto el camino de una bala que se te ha alojado en el cráneo, y estás frito, fiambre, difunto, muerto, por un polvo, que solo es un írsete el alma, pero no para siempre, sino por un ratito, es por un ratito que el alma se te va por la punta de la barriga. ¿Y solo por eso es que vale la pena estar muerto?

Le digo que sí, que la llamo, sí, la semana que viene, pero no llamo nada, estuvo bien,

no lo niego, pero de maridos, nada, ni hablar. Me paso la mano por la frente, la recorro, y solo palpo un granito, el resto por suerte, -de esta me salvé-, sigue liso, sin rastro de agujeros de un Smith Wesson treinta y ocho, y suspiro fuerte, largo con ruido el aire que tengo en los pulmones.*(Pausa)*.

¿Pantalón? El negro. El de seda. ¿Camisa? La negra, la que usé sólo una vez, en el casamiento del tío. ¿Saco y corbata? ¡Basta de pavadas! ¿Por qué no actuás con naturalidad? ¡Todo forzado, armado, preparado, te falta la cinta con la moña para presentarte envuelto para regalo! ¿Te ha visto alguna vez con corbata? Entonces, no. Está bien, repasemos. Me baño, me visto, me perfumo, llevo. Posibilidad uno: Que haya entrado antes, y esté sentada con otros. La saludás de lejos, pedís un café, te ponés a leer, y esperás. Claro, estás nervioso. ¡Cómo no vas a estar nervioso, si te estás jugando la vida! La semana pasada faltó, de modo que existe un noventa por ciento de posibilidades de que te pida los apuntes. Si se levanta, avanza hacia tu mesa, y aparece algún plomo, le hacés señas de que se borre. Llega, saluda con un beso, se sienta. Te pide los apuntes. Se los doy. ¿Y? Si no hablás, si no decís nada, se levanta y se va. Lo único que le interesa son los apuntes. La invitás con un café. Acepta. Medís el tiempo que tenés para decirle todo, por los traguitos con que sorbe el café. ¿La invito al cine? Elegir película. Con unas cuantas escenas de sexo. Si acepta, estás hecho. Posibilidad dos: la invitás a cenar en tu casa, y a ver videos. Le explicás que estás solo, que los viejos pasan el fin de semana en la casita de la playa, arriesgás más, claro, puede que te diga de plano que no, y ahí tenés que tener preparada otra cosa, o se termina todo, pero si acepta, sabés a qué atenerse, la aventura termina en la cama, eso es seguro. Elegís dos películas.

Ya estamos en la casa, y le ofrecés un cóctel: Mucho vodka, poco hielo, jugo de naranja, azúcar. Lo toma, casi de un trago. Le da sed. Has preparado una jarra. Volvés a servirle. Termina la primera película; comentarios variados. Discrepás levemente en la interpretación de tal escena, para que se acalore, y discuta, y le venga más sed. Ocurre tal como lo planeaste. Tiene la jarra enfrente, y se sirve. Hace calor. El calor ayuda. Tarantino. Un Tarantino, está bien. La impresionás con comentarios técnicos que leíste en algún lado, además de haber visto la película cuatro veces. O un Almodóvar. “Átame”. ¿Le gustará que la aten?

Ponés el segundo video. Tu brazo ha recorrido con lentitud silenciosa el borde del sofá pero ya se apoya en sus hombros. Caricia silenciosa en el pelo. Caricia amansadora, sedante, desprovista de erotismo. Esperás a ver qué pasa. Si la acepta, bajás la mano hasta el cuello, para que tu dedo índice roce la piel y describa un semicírculo de ida y otro semicírculo de venida. Asociación inconsciente: dedo-pene. Freud era un tipo serio. Sabía lo que decía. Le estás mostrando cuánto más suave y más ardiente puede ser tu pene haciendo semicírculos en su piel. Si se queda quieta, pero tensa, retirás la mano -el dedo- y hablás de cualquier cosa, servís otro trago, por ejemplo, y al rato empezás de nuevo. En cambio, si no se mueve y la ves relajada, hacés que trabaje toda la mano, que los cinco dedos hagan lo suyo, que sea la mano la que ahora vaya y venga. Si lo acepta, bajás hasta los senos, y, si te deja llegar hasta ahí, el resto es pan comido. Como una partida de ajedrez, mueve uno, y después mueve el otro, y un buen jugador es el que puede prever qué es lo que va hacer el contrincante, y, al final, qué es lo que se va a ver obligado a hacer, porque no puede hacer otra cosa. Pero, ¿es que la estrategia de la mujer no es hacer lo que le gusta? ¿Dejarse vencer? ¿Esperar con impaciencia que le des jaque mate? ¿Por qué pensás que sólo a vos te gusta el sexo? ¿Por qué no aceptar que hasta puede interesarle el sexo casual? Porque existe el sexo-joda y sexo-serio. El sexo-joda se practica cuando tenés ganas, es un sacarse las ganas, un darle gusto al cuerpo, un acatamiento hormonal. El sexo serio, es por amor. ¡Ja, linda palabrita, ésta también! Pero ahí, te despedís de la Lola, adiós Lola, gracias por todo, elegiste la mujer de tu vida, como ella eligió el hombre de su vida. Todo muy bien. Precioso. Pero la vida tiene sus cosas, sus bemoles, sus trampas. La vida es eludir trampas, es escapar dejando la cola o un pedazo de pata cortada a mordiscones, es ir abandonando pedazos, trozos sanguinolentos, conmemorar heridas, es siempre recurrente celebración de cicatrices. Has quedado marcado, pero has salvado un resto. Y ese resto te pide joda, vida, y querés dársela. Y en el dar vida a tus pedazos, atropellás y te das con decenas de mujeres casadas que también en su momento eligieron al hombre para la eternidad, “hasta que la muerte nos separe”. Y mirá ahora. Así que, la infidelidad, como una respuesta al desconcierto, como variante del juego, es siempre más frecuente que la fidelidad. Eso no me lo discutan, porque está probado. ¿Puede el hombre ser fiel para siempre? ¿Puede la mujer? Parece que no.

Dije “ parece”, porque excepciones puede haber. La mujer puede ser hembra o madre, loca en la cama, cuerda con los gastos. Y nosotros podemos hacernos los latin-lover, o volvernos niños, en ellas, pero ambos, alguna vez, algunas veces, tal día, una vez por año o todas las semanas, somos y seremos infieles.

Ahora que dije lo de la mujer-madre, es lindo, pero dura poco rato. Aparece cuando te hacés el chiquito y hablás con voz de débil mental, ella acepta el juego, te abraza, te recostás sobre esas tetas de diosa, y hasta llegás a dormirte, cuando te protege, te acuna, y entonces sos el hijo, el bebe, el feto, el embrión, la posesiva partícula que circula por su sangre y se instala en medio de esos pezones rosados, esos puntos que acariciás y se endurecen. La Lola, en cambio, no. La Lola tiene pezones oscuros, y sus senos son blandos y caídos, se mueven como flan, como algas en el medio del mar. Parece que cambian de color cuando han tenido hijos y han dado de mamar. Cambian de color y se agrandan. Y a veces, hasta les sale leche, que nos parece demasiado dulce, quizás porque hemos perdido el recuerdo de ese gusto, y a otras, un líquido incoloro, que es amargo. Esas tuvieron hijos, pero hace mucho tiempo. Y la leche, digo yo, de tanto esperar y esperar, se agrió, se amargó. Tocás los pezones con un dedo, haciendo círculos o en espiral. Se van poniendo duros, y empiezan a jadear. O respiran con fuerza, o lanzan grititos, chillan, roncan. Habría que escribir un libro con una clasificación de los ruidos que emiten las mujeres cuando se descontrolan y quieren más y más, mientras vos hacés lo que podés, lo que está a tu alcance, hasta que terminás, a veces a destiempo, monarca de la eyaculación prematura, y ahí que se aguanten, porque para ellas es fácil, pueden fingir todo lo que quieren, les basta con abrir las piernas. Digo, algunas gritan, y eso, claro, te excita, salvo cuando la metiste de contrabando en tu pieza, y los chillidos llaman la atención de la vieja, la paredes son demasiado delgadas, y aunque no lo fueran, porque los gritos son fuertes, y la vieja viene, llama y pregunta si tenés gripe, qué es lo que te pasa, abrí la puerta, estás enfermo, y vos que no, que estás bien, que estabas soñando, andate tranquila.

Otras roncan, con un ruido raro, gutural, como si les saliera del estómago, que te distrae; es como si no viniera de ellas, como si lo emitiera un animal desconocido, que no podrías describir. Y bueno, animales, somos. Están también las de los grititos espaciados que hasta te asustan y también te desconcentran, porque vienen cuando

menos los esperarás. Después se hacen más regulares, cuando te piden que no pares, que más fuerte. Suspiros, ronquidos, grititos, jadeos, aullidos de loba, gemidos de perra, resoplos de jabalí. Un zoológico. Puede que yo también grite, no sé, no me doy cuenta, no me oigo, es posible que diga algún ¡ah! algún ¡Eh!, pero nada más, de eso estoy seguro. A veces quiero gritar, pero me contengo, sé que el gritar me hace débil, vulnerable, prometo cosas que después, en frío, no podés, no estás en condiciones de dar.

(Mientras ha ido diciendo el monólogo, mima las acciones de bañarse, afeitarse y vestirse. Breve apagón. Cuando la luz se enciende nuevamente, indicando un cambio de tiempo, el hombre se encuentra en proscenio, hablando hacia un costado, con la cabeza oculta por una de las patas de la cámara).

¿Estás sola? ¡Qué suerte! ¡No, no vengas hasta aquí! No te levantes. Quiero decirte algo, pero no quiero verte la cara, porque tengo miedo de tu cara cuando me decís que no. *(Escucha)*. ¿No querés más ese juego? ¿Cuál? ¿El de las estudiantes? Hacés bien los papeles. Perfectos. *(Escucha)*. Está bien. Dije que está bien. ¡No seas injusta! ¡No siempre gano yo! ¡Se acabó y ya está, no pasa nada! Era solo eso, un juego. ¿Estás contenta? *(Escucha)*. Bueno, mirá...lo que quería decirte es que...¡no vengas, eh?, ¡no te levantes! Digo: ¿por qué no dejás esa vida de una buena vez y te casás conmigo? ¿Qué te parece, Lola, eh? ¿Qué te parece?

Apagón

Fin de "Lolas"